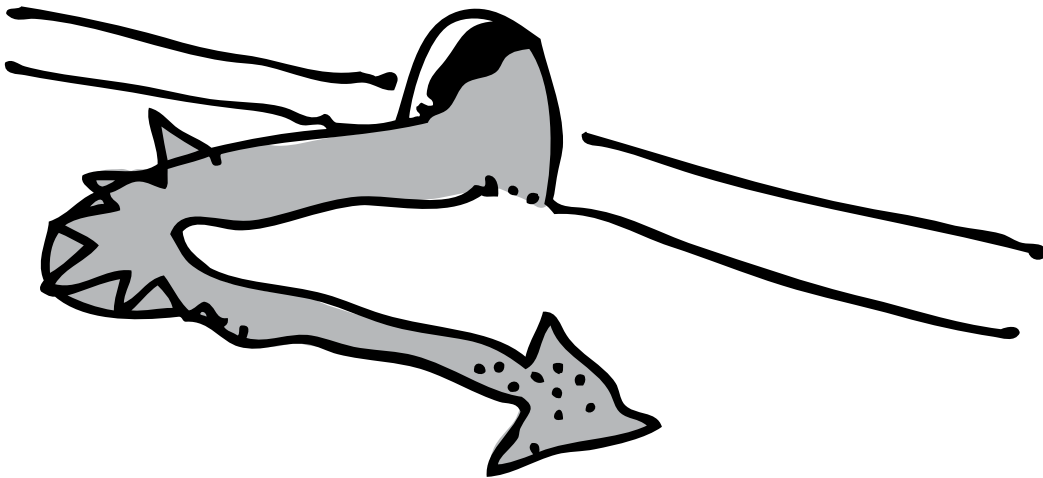


El despertar del *dragón*

Francisco R. Calderón



El desarrollo de la economía china es verdaderamente espectacular: su tasa de crecimiento es por mucho la más alta del mundo, las inversiones extranjeras afluyen a su territorio y sus exportaciones, extraordinariamente competitivas, invaden los mercados internacionales con no solamente artículos de consumo sino ya con muchos bienes de capital. Lo notable de este proceso es que ha requerido apenas tres décadas, o si se prefiere 58 años, dividiéndose la primera mitad entre 1949 y 1978, de crecimiento lento, salpicado de crisis, y la segunda, de 1978 a nuestros días, de crecimiento inusitadamente

acelerado. El presente artículo intenta explicar en un rápido vistazo el éxito chino.

La etapa del marxismo delirante

Inmediatamente después de la toma del poder en 1949 por los comunistas, en China hubo un moderado crecimiento de la economía que se explica porque inauguró un período de estabilidad política que contrastó con los cuarenta años anteriores de guerras civiles y de invasión japonesa, cuyo resultado fue uno de los ingresos per cápita más bajos de la tierra y una considerable destrucción de la infraestructura física; bastó el restablecimiento de la paz para

dar lugar a una reanimación de la economía.

Las reformas propuestas por el Partido Comunista Chino (PCCh) en sus programas se emprendieron de una manera gradual y prudente; en una primera etapa se expropiaron las tierras de los grandes terratenientes (cuyo número significaba 2.6% de los agricultores), las cuales fueron repartidas en parcelas de propiedad privada entre los antiguos peones y aparceros, lo que de golpe multiplicó el número de pequeños propietarios; en una segunda e inmediata etapa se formaron cooperativas voluntarias a las

cuales los agricultores aportaban su tierra y su equipo, y recibían la parte de la cosecha proporcional a lo aportado.

Con la misma cautela, Mao Tse-tung mantuvo en sus puestos a los dos millones de burócratas provenientes del antiguo gobierno nacionalista, dado que los 750,000 afiliados al PCCh no tenían ni el número ni la preparación para ocupar esos puestos. Simultáneamente, el gobierno reconstruyó rápidamente las líneas férreas y restableció las líneas de navegación en ríos y costas; sobre todo redujo la inflación anual al 15% a base de pagar salarios e intereses a los acreedores del erario no en dinero sino en unidades equivalentes de mercancías. Como consecuencia, en los primeros años la reacción popular fue de euforia y de confianza en el PCCh, que limpió las calles de prostitutas y mendigos, eliminó el tráfico de opio y y abolió los privilegios concedidos a las naciones extranjeras.

Muy poco duró la luna de miel. El PCCh necesitaba tener el pleno control de la administración pública y para ello, una vez que se sintió seguro, fue desplazando a los funcionarios anteriores acusándolos de peculado, robo de propiedad gubernamental o desperdicio de tiempo y materiales. Por lo que respecta a la reforma agraria, en 1958 las cooperativas se convirtieron en comunas, quedando abolida toda forma de propiedad privada

de los medios de producción en el campo. Se asignó a las comunas una cuota muy baja de producción con la que podían quedarse y el resto debía entregarse al gobierno, con lo que bajó la productividad —excepto la de los pequeños huertos y corrales familiares, cuya producción podía venderse libremente en el mercado—. Los recursos recibidos de los agricultores fueron destinados a crear una industria pesada productora de bienes de capital siguiendo el modelo soviético que resultó ineficiente y mal localizada.

Como era de esperar, llovieron las críticas contra todo el sistema; ante esta situación Mao invitó a los detractores a que expresaran abiertamente sus inconformidades y en un discurso dijo poéticamente: “Dejemos que cien flores florezcan juntas; dejemos que cien escuelas de pensamiento compitan entre sí”, dando lugar así a la llamada *Campaña de las cien flores* en los años 1956 y 1957; cuando las flores bobaliconamente se levantaron sobre su tallo, Mao las segó sin misericordia para proseguir con una campaña contra los “intelectuales” acusados de derechistas, que costó sus puestos a más de medio millón de empleados calificados. El mismo Mao salió debilitado con estas campañas, pues perdió prestigio entre los líderes del PCCh, quienes lo removieron de la Presidencia de la República aunque conservó la jefatura del partido y

una enorme influencia entre las masas.

A finales de 1957 se llegó a la conclusión de que el modelo estalinista no servía para China; la solución pudo haber sido disminuir las inversiones en la industria pesada y dirigir las a la industria ligera y a la agricultura, pero eso no iba con el temperamento de Mao, deseoso de quemar etapas y de recuperar el prestigio perdido; entonces lanzó la *Campaña del Gran Salto Adelante* (GSA), cuya meta era sobrepasar a la economía de la Gran Bretaña en 1972 mediante la movilización campesina para que, con picos y palas y tecnología tradicional, construyeran presas, diques y caminos y, lo más absurdo, acero en millones de hornos familiares en los patios de las casas, construidos y operados por campesinos carentes de cualquier noción metalúrgica.

Los resultados no se hicieron esperar: el acero obtenido resultó inutilizable, la población campesina movilizada no estuvo presente para levantar la cosecha, las obras de infraestructura construidas a base de mano de obra fueron deficientes y, todavía peor, el gobierno siguió exigiendo a las comunas la misma cantidad de grano aunque la producción fue mucho menor. Se produjo por consiguiente una hambruna generalizada en la que murieron ciertamente más de 30 millones de personas. No debe extrañar que entre

1958 y 1962 la inversión se haya derrumbado 23.3% cada año y que el PIB disminuyera a una tasa anual de 2.5%. Se necesitaron varios años de políticas económicas sensatas para llegar a los niveles de vida de 1957.

Después de la recesión se corrigieron los excesos del radicalismo y se logró que el PIB creciera a una tasa anual de 11.6% y el PIB per cápita a la de 9.9%. Hay que tomar en cuenta que estas asombrosas tasas se debieron al efecto rebote después de los años de caída del GSA. No duró mucho este ritmo porque Mao estaba resentido ante cada política exitosa posterior al GSA, pues la sentía como una crítica a su actuación, por lo que decidió realizar una “Revolución Cultural” que barriera con los resabios del feudalismo y del capitalismo y luchara contra el revisionismo, el burocratismo, el intelectualismo y el aburguesamiento; para ello logró reclutar a unos 10 millones de muchachos de entre 9 y 18 años a los que denominó “Guardias Rojos”, que se lanzaron a las calles para lograr un cambio drástico en la mentalidad del pueblo chino.

Con la bendición de Mao, los Guardias Rojos a lo largo de 1966 y 1967 quemaron libros y manuscritos, destruyeron templos, monumentos y obras de arte, irrumpieron en las casas de personas más o menos acomodadas, humillando, golpeando y aun asesinando

a sus ocupantes o bien paseándolos por las calles con letreos y prendas difamantes y arrancarles confesiones inverosímiles; entre los millones de víctimas se encontraban profesores, profesionistas, técnicos, funcionarios del gobierno y del partido y, finalmente, oficiales del ejército. Esto último fue la gota que derramó el vaso, por lo que el PCCh y los militares obligaron a Mao a suspender su tarea de regenerar la mente del pueblo y, como premio por obedecer, le devolvieron la presidencia de la república; aunque aparentemente recuperó su poder, en realidad su influencia fue decreciendo hasta su muerte en 1976.

Las políticas reformistas de Deng Xiao- ping 1978-88

A la muerte de Mao, China tenía un PIB per cápita de menos de 250 dólares, la superficie arable declinó 11% en 20 años, bajó la productividad agrícola, el aumento de la población se comió el escaso incremento de la producción, las plantas industriales estaban mal localizadas, tenían un tamaño desproporcionado y estaban destinadas a producir armamento y bienes de capital, descuidándose la producción de bienes de consumo; el país era estrechamente proteccionista. Todo esto vino a cambiar bajo el liderato de Deng Xiao-ping, político prudente que nunca quiso admitir puestos más altos que los de viceprimer ministro y presidente de la Comisión de Asuntos



Militares pero que en realidad era el jefe máximo del partido y de China.

Una de las primeras tareas de Deng fue visitar en 1979 Estados Unidos, anunciar el principio de una era de amistad entre los dos países y la apertura de China a las inversiones extranjeras; muy pronto, 10,000 técnicos y científicos chinos estuvieron estudiando en Estados Unidos y más de 100,000 turistas estadounidenses al año visitaban China. Dentro de su propio país procedió con cautela y en el mismo año enunció los cuatro principios cardinales que su gobierno seguiría: 1) el camino socialista 2) la dictadura del proletariado 3) el liderazgo del PCCh y 4) la doctrina marxista-leninista-maoísta, y fue sólo hasta el XII Congreso del Partido en 1982 cuando anunció un extenso programa de rectificación en la política económica. Cuando alguien le dijo que sus postulados se alejaban del marxismo contestó con una frase que pone de manifiesto su carácter pragmático: “¿Qué más da que el gato sea negro o blanco con tal que cace ratones?”.

La primera reforma de Deng fue liberalizar la agricultura. El principal defecto del sistema había sido no haber otorgado a los campesinos estímulos para elevar su producción y su productividad; en consonancia, fue adoptando las siguientes medidas: en primer término desmanteló los rígidos contro-

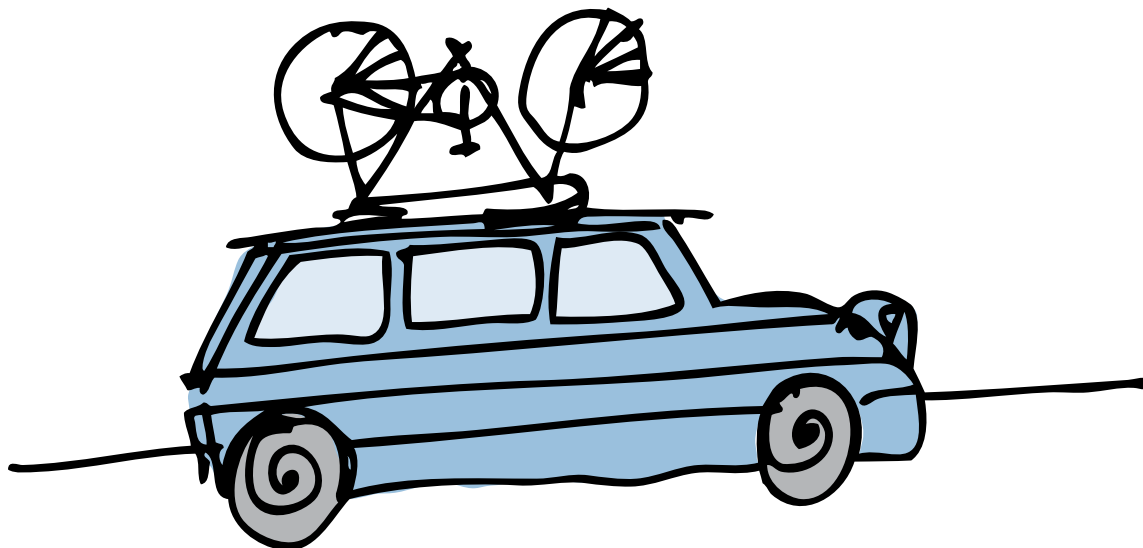
les burocráticos del sistema comunal, dando mayores responsabilidades de decisión a las unidades familiares; en segundo lugar, estimuló la producción aumentando los precios pagados a la comuna; luego introdujo el “sistema de contratos” convenidos entre el equipo de producción de la aldea y las familias individuales, en el que éstas se comprometían a vender a un precio predeterminado (más alto) una cantidad fija de sus cosechas al fondo comunal, quedando la cantidad excedente como propiedad de la familia, que podía venderla en el mercado a los precios que libremente fijaran con los compradores; sucesivamente se fueron aumentando los precios pagados a los agricultores por el gobierno entre 1978 y 1984, comprometiéndose éste en adquirir la totalidad de los excedentes sobre las cuotas convenidas. A esto se le llamó “economía mixta”.

Después de 1982 fueron hechas varias importantes reformas adicionales. La primera consistió en que las concesiones de parcelas pudieran ser heredadas hasta por 30 años, lo que significaba un principio de propiedad privada; por la segunda se dio permiso a entre 10 y 15% de los campesinos de establecer empresas avícolas familiares pero modernas y profesionales; una tercera abrió la posibilidad de que los agricultores subcontrataran sus parcelas o emplearan en ellas hasta un límite teórico de siete traba-

jadores, tope con frecuencia sobrepasado. Finalmente, en 1988 la Asamblea Nacional Popular (el Congreso) reformó la Constitución para autorizar la libre compraventa de los derechos de utilización de la tierra, con lo que los agricultores pasaron a ser de poseedores a propietarios de sus parcelas. El disfraz de esta reforma no fue ya el de economía mixta sino el de “complemento de la economía socialista”.

El resultado fue asombroso: la producción agrícola de China creció a la tasa de 8% anual entre 1978 y 1985, para pasar de 262 a 379 millones de toneladas de cereales, y el ingreso per cápita de los agricultores casi se cuadruplicó entre 1978 y 1989, para llegar a 605 yuan (165 dólares), que puede parecer muy bajo según los estándares occidentales pero que representó no sólo una gran elevación del nivel de vida sino también un fuerte impulso a la construcción de viviendas, a la manufactura de artículos de consumo y al desarrollo de los mercados locales.

Por lo que respecta a la industria pesada obsoleta y mal localizada construida en tiempos de Mao, el plan de modernización de Deng consistió, en primer término, en dotar a la dirección de las empresas y a sus trabajadores de una mejor educación y entrenamiento, así como seleccionar a los mandos según su capacidad y no según su afiliación partidaria y convicciones; en segundo lugar, descentralizar las



decisiones bajándolas de las altas autoridades a los gerentes de las empresas, limitando al máximo la interferencia burocrática; por último, introducir las fuerzas del mercado para promover la mayor eficiencia de las empresas, premiando con incentivos a las más competitivas.

Antes de Deng las empresas paraestatales generalmente tenían exceso de personal, eran ineficientes, desperdiciaban energía y 40% de ellas incurría en pérdidas; era pues necesario mejorar la productividad del trabajador, adelgazar y reorganizar las empresas y desregular al sector. Se empezó por eliminar la garantía dada implícitamente a los trabajadores de que conservarían de por vida su empleo para que las empresas pudieran despedirlos sin compensación si eran ineficientes o perezosos;

se autorizó a que las empresas pudieran vender sus acciones a sus trabajadores, a otros ciudadanos o aún a extranjeros; fueron cerradas o fusionadas muchas empresas por no ser rentables o bien tuvieron que cambiar de giro; desde 1984 se redujo la capacidad de establecer precios oficiales; las transferencias gratis a las empresas paraestatales fueron sustituidas por préstamos a tasa de interés de mercado; en 1984 se reformó el sistema fiscal de la industria para que en lugar de entregar todas sus utilidades al gobierno pudieran pasarle 55% y conservar 45% restante; en fin, se autorizó a las industrias a exportar todo lo producido por encima de una cuota convenida.

En la medida que unas empresas aumentaban su eficiencia, otras desaparecieron; desde

1978 hasta el final del siglo XX el gobierno cerró casi 40,000 empresas y despidió 21 millones de trabajadores. Así, en 1984, mientras 70% de las empresas eran propiedad del gobierno, en 1989 esta proporción había caído a 56%. A principios del siglo XXI ya existían 3.8 millones de empresas privadas

Deng emprendió una reforma educativa. En oposición al anti intelectualismo de Mao, fueron fortalecidas la Academia de Ciencias y la Comisión de Ciencia y Tecnología, coordinándolas entre sí y con los diferentes ministerios. Se establecieron contactos permanentes entre los institutos de investigación y las empresas, con el resultado de que algo más de 10% de sus logros fuera aplicado a la producción; simultáneamente se publican revistas científicas y se dictan

conferencias a las organizaciones profesionales.

Sin lugar a dudas, el mayor éxito de la política económica de Deng fue el establecimiento de las Zonas Económicas Especiales (ZEE) para atraer empresas extranjeras que aportaran fuertes inversiones, métodos eficientes de administración y tecnología de punta; el gobierno chino ofreció a las empresas terreno gratis, infraestructura conveniente, costo bajísimo de la mano de obra, exención de derechos a la importación de materias primas y equipo, exención de impuestos los primeros cuatro años de operación para después pagar solamente 15% de impuesto sobre la renta. La mayor parte de las concesiones especificaban que las empresas serían coinversiones con capital chino y que su objetivo único sería exportar.

Las primeras tres ZEE se establecieron frente a Hong Kong y Taiwán con carácter experimental; su éxito fue moderado pues la inversión extranjera casi en su totalidad estuvo dirigida a proyectos de pequeña escala, de uso intensivo de la mano de obra y con aporte mínimo de tecnología. Entonces China ofreció en 1983 nuevos incentivos, y los más importantes fueron eximir del pago del impuesto sobre la renta a los ejecutivos y técnicos extranjeros durante los primeros tres años de su estancia en el país y, sobre todo, el permiso de vender en el mercado doméstico chino;

esto y el tiempo transcurrido en el mantenimiento de la política de apertura atrajeron en masa a los inversionistas extranjeros; el gobierno chino entonces declaró ciudades abiertas a catorce ciudades costeras y a la isla de Hainan, con los mismos estímulos y ventajas que las ZEE originales. El éxito fue tal que en pocos años las ZEE contenían 60% de la capacidad industrial del país y 70% de sus ventas eran efectuadas en el interior de China.

El resultado del flujo de inversiones y de una atinada política industrial ha sido la obtención de un creciente superávit comercial a partir de 1990, que contrasta con el déficit de la década de los ochenta. A lo anterior hay que agregar que el gobierno chino ha realizado acuerdos de coinversión con las cadenas hoteleras internacionales, cuyas consecuencias han sido la construcción de hoteles de una excelencia inimaginable en las principales ciudades del país y la atracción de turistas extranjeros, cuyo número sobrepasó el millón en 1987 y que ha crecido desde entonces en forma vertical. Gracias a la suma de estos factores, las reservas internacionales de China han alcanzado en noviembre de 2007 la suma sin precedente de un billón de dólares, 70% de las cuales está invertido en bonos de la Tesorería de Estados Unidos.

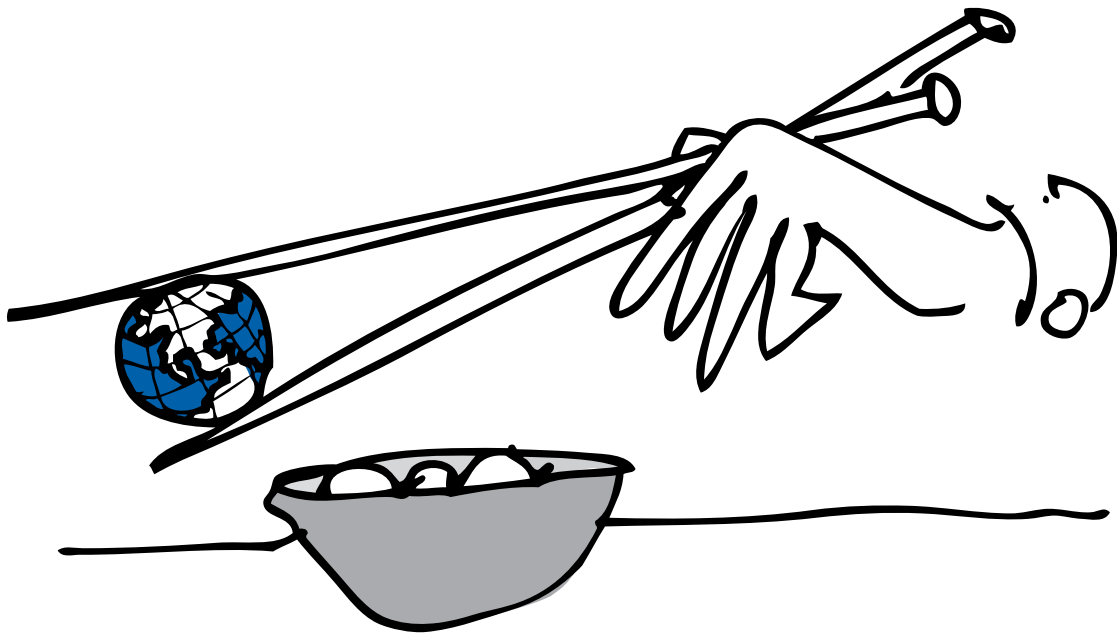
El aumento del comercio exterior de China (sólo de mercancías) pasó de representar 9.6% del PIB en 1978 a 36.3%

del PIB en 1999, es decir, un incremento de casi cuatro veces, en la inteligencia que el PIB en esos mismos años se multiplicó 4.6 veces en términos reales. La competitividad china en el ámbito internacional se debe indudablemente no sólo a los bajos salarios y la nula protección a los derechos fundamentales de los trabajadores, sino también al aumento de la productividad por la introducción de nuevas tecnologías y maquinaria más moderna y también –no hay que olvidarlo– a que, según se las ha acusado repetidamente, las empresas chinas recurren a prácticas desleales de comercio como el *dumping*, la triangulación y la piratería o hurto de la propiedad intelectual.

La entrada de China a la Organización Mundial de Comercio (OMC) obliga al país a combatir la piratería y a abrirse a las transacciones internacionales de todo tipo; por tanto China ya ha empezado a reducir el arancel aduanero de 4,000 artículos de 35 a 23% *ad valorem*, y a suprimir cupos de importación y otras restricciones no arancelarias.

La China de hoy y de mañana

Desde su giro hacia la economía de mercado, China ha venido creciendo a una tasa promedio de 9% anual, su PIB es de 1,400 miles de millones de dólares; el ingreso per cápita está creciendo año con año; se ha rescatado de la pobreza a 250 millones de personas en



los últimos veinte años, el progreso está llegando a todos los habitantes de la costa y el auge de la construcción hace que China consuma 40% del cemento del mundo. Con el ingreso de China a la OMC ese país está a punto de apoderarse de los mercados internacionales de artículos de consumo: entre 1989 y 1999, la participación de ropa china en el mercado de ropa de la OCDE llegó a 20%, y cuando se eliminaron las cuotas a maletas de viaje de fibras artificiales sus precios se redujeron a la mitad y la participación china en el mercado mundial se quintuplicó, obligando al cierre de varias empresas en México y Estados Unidos, cuya participación en el mercado del mundo disminuyó a la mitad.

En general, China es eminentemente competitiva en todas aquellas actividades industriales de uso intensivo de

la mano de obra, pero dentro de este grupo ya desde hace varios años está incursionando en la producción de insumos intermedios y en el ensamblaje de aparatos electrónicos, rama que dominaba la Asociación de Países del Sudeste Asiático hasta principios de la década de los noventa; así, la participación china en electrodomésticos en el mercado global pasó de 9.5% en 1992 a 21.8% en 1999, mientras que la de Singapur cayó de 21.8 a 13.4% en el mismo lapso.

De la misma manera, la producción de computadoras personales en China aumentó de 4% de la producción mundial en 1996 a 21% en 2000, y la de artículos electrónicos se ha duplicado en diez años. La mayoría de los televisores, videograbadoras, reproductoras de DVD y teléfonos celulares se fabrican hoy en China o tienen componentes chinos.

Últimamente China ha empezado a producir automóviles a costos increíblemente bajos y ya en 2000, 31.4% de las exportaciones chinas consistía de artículos de alta tecnología.

El crecimiento económico de China ha convertido a este país en el primer consumidor de materias primas del mundo, provocando un alza significativa de los precios de los productos agropecuarios, lo que ha beneficiado a Argentina, Brasil y Uruguay, exportadores de cereales, carne y lana; otros favorecidos han sido Chile y Venezuela, el primero con el aumento de los precios del cobre y del zinc y el segundo por el de los precios del petróleo. En cambio México, exportador de manufacturas, se ha visto afectado por la competencia china; aunque las exportaciones mexicanas a Estados Unidos siguen aumentando, ya fueron desplazadas por

China del segundo lugar como proveedor de ese país; la importación estadounidense de ropa y textiles mexicanos en 2000 fue más del doble de lo comprado a China, pero para 2002 los chinos ya iban adelante; de las 1,122 maquiladoras de ropa en México, en 2001 ya habían cerrado 235 y la participación en el mercado estadounidense de sostenes femeninos hechos en México bajó de 47 a 6% entre 2001 y 2004, al tiempo que en ese mismo período la participación china subió de 5 a 67%.

Según proyecciones, la economía china mantendrá un crecimiento anual de 7% durante los próximos 15 años, con lo que el ingreso per cápita de los chinos subirá de los 1,250 a más de 3,000 dólares; si esto resulta cierto, en 2020 el Producto Nacional Bruto de China superará a los de Europa y la India y quizá al de Estados Unidos. Este progreso se traducirá en un crecimiento espectacular de la clase media, que llegará a los 520 millones de personas –o sea 40% de la población–, lo que duplica la proporción actual de 20%.

No sólo el auge de la economía está creando una creciente clase media sino que ha permitido el surgimiento de un también creciente ejército de millonarios; en la actualidad existen unos 10,000 empresarios con un capital superior a los 10 millones de dólares. Como es lógico, la desigual-

dad de ingresos es cada vez mayor en un país donde los salarios son extremadamente bajos, donde las jornadas de trabajo son de 12 horas o más, donde el trabajo infantil es muy frecuente, donde millones de trabajadores duermen en los dormitorios comunes de sus lugares de trabajo, y en donde no hay derecho de huelga y asociación. A lo anterior hay que agregar que 45% de la población china y 80% de la rural carecen de seguro médico público o privado. Ante esta situación, Andrés Oppenheimer preguntó a un alto funcionario chino dónde había quedado el comunismo, y éste respondió: “Nosotros seguimos siendo comunistas, lo que ocurre es que el comunismo es un ideal a largo plazo que puede tardar doscientos o trescientos años en alcanzarse... Como decía Marx el comunismo debe darse en una sociedad que ya alcanzó el bienestar general”.

La anterior declaración es congruente con la resolución del plenario del PCCh en 1997 de que para aprobar una decisión se deben cumplir tres requisitos: que la medida conduzca a mejorar la productividad, que ayude a mejorar el nivel de vida y que aumente la fortaleza del país. La realidad es que China vive bajo un régimen de capitalismo salvaje patrocinado por el Estado, cuyos objetivos principales son la grandeza de China, aumentar la productividad a cualquier costo y mantener indefinidamente la férrea dictadura, no del proletariado

sino de los líderes del PCCh, partido único, sin democracia, sin elecciones, sin sindicatos, sin derechos individuales.

Se podría pensar que en un futuro próximo, ante el surgimiento de una clase media numerosa y vigorosa, se produjera un movimiento social que estableciera una verdadera democracia; pero esto se ve como sumamente improbable mientras el nivel de vida siga progresando a paso acelerado, ya que por malas que sean las condiciones laborales son mejores que las que existían con anterioridad; por otra parte, la represión sangrienta de la plaza de Tiananmen enseñó que el gobierno está dispuesto a aplastar cualquier brote de protesta.

Finalmente, parece indudable que continuará el desarrollo económico de China en el futuro previsible porque las inversiones extranjeras y domésticas seguirán fluyendo en tanto haya estabilidad política, seguridad pública, mano de obra abundante, laboriosa, disciplinada, conforme con su situación y altamente productiva; el aliciente para las empresas de invertir en China es mucho mayor ahora, cuando la seguridad jurídica parece asegurarse a partir de que el Parlamento enmendó la Constitución para decretar que “la propiedad privada y legítima de los ciudadanos es inviolable” y que “el Estado de conformidad con las leyes vigentes debe proteger los derechos de la propiedad privada de los ciudadanos como también los de su herencia”.